

**LAS PATRIAS DE LA REPÚBLICA:
LA EXPERIENCIA DE LOS NACIONALISTAS
PERIFÉRICOS DURANTE LA GUERRA CIVIL
ESPAÑOLA (1936-1939)**

THE HOMELANDS OF THE REPUBLIC:
PERIPHERAL NATIONALISTS' EXPERIENCE DURING
THE SPANISH CIVIL WAR (1936-1939)

Xosé M. Núñez Seixas

Universidade de Santiago de Compostela

Entregado el 29-11-2009 y aceptado el 23-2-2010

Resumen: Las rivalidades políticas y las disputas institucionales entre los diversos núcleos de poder que surgieron en la zona republicana tras la consolidación de la división de España en dos bandos a fines de julio de 1936 poseyeron un importante componente territorial, tanto o más relevante que el social. En este artículo se examinan de forma comparada las reacciones de los nacionalismos vasco, catalán y gallego ante la Guerra Civil española y su desarrollo, y se abordan igualmente las motivaciones de los combatientes que simpatizaban con los nacionalismos subestatales, particularmente en lo referente a sus sentimientos de lealtad nacional más o menos cambiante hacia la República española y sus patrias.

Palabras clave: Nacionalismos subestatales, guerra civil, movilización bélica, patriotismo.

Abstract: The institutional disputes and the political quarrels that developed among the different powers that emerged in the territory controlled by the Republican government after the consolidation of the splintering of Spain by the end of July 1936 also had a noteworthy territorial character, which became at least as important as social polarisation. In this essay, the reaction of Catalan, Basque and Galician nationalisms to the outbreak and development of the Spanish Civil war are analysed in a comparative perspective. Furthermore,

the motivations of the combatants who shared a Catalan, Galician and Basque national identity, and who took arms for the defence of the Republic, are researched. Particularly, the final objective of this essay is examining the sub-state nationalists' shifting loyalties towards their homelands and the Spanish Republic as a whole.

Key words: Substate nationalisms, Spanish Civil War, war mobilisation, patriotism.

Las rivalidades políticas y las disputas institucionales entre los diversos núcleos de poder que surgieron en la zona republicana tras la consolidación de la división de España en dos bandos a fines de julio de 1936 poseyeron un importante componente territorial, cuya relevancia no fue menor que la adquirida por la cuestión social. Los nacionalistas vascos y catalanes —que, al contrario que los gallegos, no vieron caer todo su territorio en manos rebeldes durante los primeros días del conflicto— reivindicaron desde un principio la preservación y ampliación de sus esferas de poder autónomo, que en virtud de las excepcionales circunstancias de guerra podían equivaler a una independencia en la práctica, y aspiraron igualmente a dirigir las operaciones bélicas y el conjunto del esfuerzo de guerra, en todos los ámbitos, dentro de sus territorios y parcelas de poder institucional. La situación de excepcionalidad y provisionalidad creada por el contexto bélico fueron contempladas, por lo tanto, como una suerte de *nueva oportunidad*, un retorno a la situación política de abril de 1931, cuando los catalanistas esperaban que la futura República fuese confederal o federal, y los nacionalistas vascos también aguardaban poder consolidar un pacto bilateral con el Estado central.

La República se hallaría ante un nuevo momento (re)fundacional por la vía de los hechos. Por lo tanto, el esfuerzo común para derrotar el fascismo fue interpretado por los nacionalistas subestatales como una nueva prueba. Una suerte de forja por las armas de un renovado *pacto* de naturaleza (con)federal, que debería ser suscrito por todas las nacionalidades ibéricas libre y voluntariamente. Como rezaba *La Humanitat*, el órgano de la *Esquerra Republicana de Catalunya* [ERC], en enero de 1938, de la victoria saldría un resurgimiento que sepultaría definitivamente la etapa de decadencia hispánica. Pero aquél sólo podría producirse si la República volvía a su «pauta primitiva, que és federal i social», y si la juventud que había derrotado y derrotaría al fascismo en las calles y los frentes superaba las «vacil·lacions teològiques» de Ortega y Gasset o Unamuno: «Tota la retòrica dels cafès de Madrid, tota la pols dels arxius inútils, se l'enduu la metralla implacablement».¹

Para los nacionalistas periféricos, la victoria de los insurgentes podía significar cualquier cosa menos lo que para ellos era estratégicamente

¹ «Superació de la decadència hispànica», *La Humanitat*, 13.1.1938, p. 1.

primordial: la preservación y ampliación de las cotas de autogobierno alcanzadas durante el período republicano en forma de Estatutos de Autonomía, consolidadas en el caso catalán, y en proceso de ser puestas en funcionamiento tras la preceptiva aprobación en referéndum de sus cuerpos electorales respectivos, lo que era el caso en Euskadi (donde el plebiscito autonómico había tenido lugar ya el 5 de noviembre de 1933) y en Galicia (donde el proyecto de Estatuto había sido aprobado en referéndum el 28 de junio del mismo año 1936). No obstante, algunos sectores católicos y conservadores de los nacionalismos periféricos, particularmente en los casos catalán y gallego, optaron desde un principio, aun sin excesivo entusiasmo, por el bando insurgente. Para ellos la derecha española (o españolista) no era un aliado cómodo. Pero era preferible a la izquierda revolucionaria y al *ateísmo* que atentaba contra una visión confesional del mundo que muchos catalanistas, galleguistas y nacionalistas vascos de firmes convicciones religiosas también compartían con la derecha antirrepublicana española.

Por otro lado, desde los primeros momentos de la guerra también surgió la tentación, particularmente entre algunos sectores minoritarios, pero también entre sectores y líderes significativos de los partidos nacionalistas aliados del Frente Popular en febrero de 1936, de presentar la nueva guerra desde un ángulo más reduccionista y afín a la propia cosmovisión excluyente del patriotismo. Desde esa perspectiva, se trataría de una guerra de naturaleza foránea cuando no simplemente extranjera, *española* (o castellana) cuyos efectos habían sido trasplantados a las nacionalidades periféricas. La Guerra Civil era percibida así como una guerra de invasión, en un espejo invertido de lo que era la representación del conflicto por parte de los bandos republicano y franquista (la idea de que el conflicto no era fratricida, sino de rechazo de una invasión extranjera). Pero protagonizada por *España* frente a la periferia rebelde o díscola. Y el fallido golpe de Estado fue considerado como una agresión más de la intransigencia *española* hacia los anhelos de libertad de los nacionalismos sin Estado. Por lo tanto, el verano de 1936 ofrecía una suerte de «gran oportunidad» que podría ser explotada pragmáticamente para alcanzar una suerte de estatus semiindependiente, cuando no la independencia absoluta, al albur de una situación excepcional como era la Guerra Civil. Desde esa perspectiva también se justificó el que algunos sectores de los nacionalismos periféricos emprendiesen tímidas iniciativas de fin incierto, y que iban desde la búsqueda de una paz separada con Franco hasta el intento de una me-

diación internacional para poner fin al conflicto, sin que ninguna de ellas arrojase resultados tangibles.²

1. **¿Por la patria o contra la República? Dinámicas sociopolíticas y nacionalismos subestatales**

Presentar la guerra como una invasión extranjera de sus patrias hizo posible que los nacionalistas periféricos minimizasen y ocultasen precisamente las propias divisiones internas de sus invocadas naciones, pasando por alto que una buena parte de sus compatriotas militaba en o simpatizaba con el bando sublevado, desde los tradicionalistas navarros y vascos hasta significativos sectores del catalanismo conservador, y eso sin contar la masiva presencia de soldados de recluta gallegos o de voluntarios vascos y, especialmente, navarros entre las tropas insurgentes. Pero la Guerra Civil también dio paso a una serie de dinámicas complejas, y hasta cierto punto contradictorias, en el seno de cada uno de los movimientos nacionalistas subestatales que, de grado o por fuerza, se encontraron peleando en el bando de la República.³ Podemos resumirlas esquemáticamente en los siguientes puntos:

1. Para galleguistas y catalanistas conservadores, así como para más de un nacionalista vasco, la rebelión de julio de 1936 supuso un crudo dilema. Tenían que escoger entre patria, clase y religión. La elección fue forzada en los casos de los galleguistas conservadores —ya que el territorio galaico fue controlado por los golpistas ya a fines de julio de 1936—, muchos nacionalistas vascos de Navarra y Álava, y aún par-

² Cf. Arnau González i Vilalta, «Rumores de independencia, peticiones de mediación y contactos internacionales del catalanismo según la diplomacia italiana (1936-1938)», comunicación al Congreso Internacional *La Guerra Civil Española 1936-1939*, Madrid 2006 (disponible en: http://www.secc.es/medialdocs/4_3_ARNAU_GONZ%C3%80LEZ_I_VILALTA.pdf); Mir, Gregori, *Aturar la guerra. Les gestions secretes de Lluís Companys davant el Govern britànic*, Proa, Barcelona, 2006; Alexander Ugalde Zubiri, *La acción exterior del nacionalismo vasco (1890-1939): Historia, pensamiento y relaciones internacionales*, IVAP, Oñati, 1996, pp. 533-606.

³ Nos basamos, para lo que sigue, en nuestro *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la Guerra Civil española, 1936-1939*, Marcial Pons, Madrid, 2006, pp. 329-428. Para ahorrar espacio, la mayoría del aparato crítico se remite a esa publicación, y aquí sólo se reseñan citas textuales y referencias bibliográficas actualizadas o distintas a las contenidas en aquellas páginas.

tes de Guipúzcoa, que se vieron forzados a sumarse a los sublevados en nombre de la religión y del orden, y que a menudo se convirtieron en entusiastas partidarios, condicionados eso sí por la represión y el miedo. Los catalanistas conservadores, en un territorio leal a la República pero en el que la dinámica de revolución social y control obrero en las calles amenazaba su posición, se situaron salvo excepciones del lado de los sublevados, aún sin llegar nunca a contarse entre sus partidarios más convencidos. El veterano presidente de la Lliga Catalana y diputado al Parlamento de Cataluña en 1936 Raimon d'Abadal i Calderó, obligado a exiliarse desde principios de agosto en Marsella y después en Italia por miedo a la persecución de las milicias anarquistas, expresaba en su diario una íntima convicción de que cualquier dictadura militar supondría el fin de las aspiraciones colectivas del catalanismo. Pero, a pesar de saber que el proyecto regionalista conservador fenecería con el desenlace de la guerra y de no hacerse ilusiones al respecto, D'Abadal otorgó clara prioridad desde el otoño de 1936 en sus reflexiones a la salvaguardia del orden social y el catolicismo. Y éstos eran valores que sólo podrían ser garantizados, desde su perspectiva, por el triunfo de los sublevados. Cataluña, tercera prioridad, era la variable dolorosamente sacrificada. Puesto ante el dilema de elegir, escribía el 29 de agosto de 1936, entre «salvar una civilització destruïda per socialistes, comunistes i anarquistes, i davant de la perspectiva de ser civilitzats o salvatges», sólo había un remedio: «desitjar que vencin els militars».⁴

2. Los nacionalistas moderados o, término quizás más apropiado, *pragmáticos* se comprometieron con la defensa de la República en la medida en que ésta se mostrase dispuesta, a su vez, a garantizar las cotas de autogobierno alcanzadas durante la República, y que habían sido ampliadas desde el inicio del conflicto gracias a la excepcionalidad de la situación de guerra. Una vez obtenida la victoria, la situación confederal de facto en muchos órdenes que se había consolidado en el otoño de 1936 gracias a la asunción por parte de la Generalitat y del Gobierno Vasco de competencias que sobrepasaban los límites de sus Estatutos de Autono-

⁴ Vid. Raimon d'Abadal i Calderó [Francesc Vilanova i Vila-Abadal, ed.], *Dietari de guerra, exili i retorn (1936-1940)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2001 (cita en p. 116). Vid., también, parecidas reflexiones en el epistolario entre Ramon Sugranyes y Joan Estelrich, en Arnau González Vilalta, «Epistolari d'exili i guerra Ramon Sugranyes de Franch-Joan Estelrich (1936-1938): Debat sobre el paper del catalanisme conservador», *Afers*, 60 (2008), pp. 455-75.

mía, debía ser mantenida como pago a su lealtad, y ampliarse llegado el caso a Galicia.

Desde esta perspectiva, algunos elementos apuntaban hacia el surgimiento de una suerte de identificación cívica con la República, no necesariamente de índole emocional, etnocultural o patriótica, pero sí política y ciudadana, particularmente en el caso de los catalanistas hegemónicos de la ERC. Con todo, esta defensa de la legalidad debía obtener como contrapartida del Gobierno de la República una mayor sensibilidad hacia las demandas de autogobierno vascas, catalanas o gallegas, cuando no una abierta disposición a adoptar una estructuración federal o confederal, cuyos límites distaban de estar claros. Identificación con la República y con la patria propia, sí, pero lealtad cívica y aspiración a una refundación federal del Estado republicano. Un federalismo en el que las unidades integrantes, como bien insistía a lo largo de la guerra el principal ideólogo del catalanismo republicano, Antoni Rovira i Virgili, sólo podían ser las auténticas *naciones* que integraban la República (Cataluña, Castilla, Euskadi y Galicia).⁵

En la práctica, por lo tanto, julio de 1936 representaba una suerte de retorno a las expectativas políticas que los nacionalistas gallegos y catalanes habían abrigado en abril de 1931.⁶ No obstante, subsistía en los meses iniciales del conflicto, y estuvo presente hasta 1939, una cierta ambigüedad en un punto crucial: ¿Era la República un mero Estado multinacional, que había que transformar en una dirección [con] federal? ¿O también representaba aquélla una realidad afectiva más amplia? Según interpretaron igualmente muchos catalanistas y galleguistas, pero también el órgano oficial de Acción Nacionalista Vasca, la lucha conjunta y la sangre derramada frente al fascismo también eran elementos que forjaban nuevos lazos de hermandad entre los pueblos ibéricos.

En el caso del nacionalismo vasco, la opción finalmente adoptada por el Partido Nacionalista Vasco [PNV] fue la de alinearse al lado de la República y contra el fascismo, después de un breve período de indecisión. Con todo, el móvil fundamental que llevó a los nacionalistas vascos a de-

⁵ Vid. la recolección de artículos de Antoni Rovira i Virgili (J.M.^a Roig i Rosich, ed.), «La guerra que han provocat». *Selecció d'articles sobre la Guerra Civil espanyola*, PAM, Barcelona, 1998.

⁶ Lluís Nicolau d'Olwer, *Després del 19 de juliol. Articles i discursos*, Edicions Populars d'Acció Catalana Republicana, Barcelona, 1938, pp. 24-5.

cantarse por el apoyo a la República fue la convicción de que sólo ésta accedería a conceder el anhelado Estatuto de Autonomía, visto como un primer paso en la consecución de mayores cotas de soberanía. El Ejército Vasco o *Euzko Gudarostea*, compuesto por batallones de voluntarios jeldidos, más los aportados por otras organizaciones nacionalistas y que sumaban entre un tercio y el 40% del llamado «Ejército de Euzkadi», no se movilizó realmente hasta fines de septiembre de 1936, coincidiendo con la definitiva aprobación en Cortes del Estatuto Vasco, fuera de algunos contingentes del minoritario partido nacionalista y liberal Acción Nacionalista Vasca. Y aun durante el corto período de vigencia (octubre de 1936-junio de 1937) de la autonomía vasca, reducida en la práctica a Vizcaya, las disputas entre el Gobierno vasco y el Gobierno y los mandos militares republicanos por el control de las operaciones militares y el esfuerzo de guerra en su conjunto no hicieron sino socavar la confianza mutua entre republicanos españoles y nacionalistas vascos. A esa situación contribuía el discurso de guerra mayoritario en el nacionalismo vasco, patente en sus órganos de prensa. El compromiso de los combatientes (*gudaris*) nacionalistas se situaba exclusivamente con la causa de la libertad e independencia de Euzkadi; el contacto con tropas republicanas de otras regiones era considerado a menudo un influjo negativo y no hizo sino aumentar los prejuicios mutuos; y los mitos históricos de resistencia al invasor se basaban sobre todo en la idealización de las batallas medievales elaborada por Sabino Arana Goiri en su *Bizkaya por su independencia* (1892). Euzkadi como colectivo indiferenciado se hallaría luchando otra vez contra *España*, siendo el fascismo una vestimenta más del tradicional expansionismo español.

3. De esta manera, surgió igualmente una contradicción a largo plazo. Pues la imagen de las tropas de Franco como máximos exponentes de la *intransigente* «España castellana» se superpuso al nuevo «patriotismo republicano» y sus intentos de recentralizar el poder para ganar la guerra. Los nacionalistas subestatales abrigaron así una creciente desconfianza frente a los anhelos republicanos de explotar la guerra como una campaña de *renacionalización* española, y hacia los recortes de su excepcional autonomía de actuación durante el conflicto. De modo que, particularmente en el caso catalanista, la derrota final de enero de 1939 —cuando se consumó la caída del territorio catalán en manos franquistas— fue interpretada como el resultado de una *triple invasión*. Así lo recogía el catalanista de izquierda y futuro escritor y editor de éxito Joan Sales en enero de 1939:

Catalunya s'ha dessagnat —o l'han feta dessagnar— en nom de causes exòtiques i seguint banderes que no són la seva; des del 19 de juliol de 1936 no haurem sentit més que cridòries delirants, la dels anarquistes primer, després la dels comunistes, aviat la dels feixistes.⁷

En parecidos términos se pronunciaba seis meses después un exministro de la República como Lluís Nicolau d'Olwer: Cataluña había sido ocupada primero por los *murcians de la FAI*, que habían introducido gérmenes sociales revolucionarios foráneos; la del Gobierno de Negrín, incluyendo sus tropas y sus servicios de orden público y el espionaje Militar, tras octubre de 1937; y la de los franquistas.⁸

Muchos catalanistas pragmáticos sintieron al finalizar la guerra que sus amarras afectivas con España o incluso con la República estaban rotas. Y pasaron a considerar que Cataluña, como comunidad, había perdido la guerra a manos de los dos bandos, idea que se transmitió en buena medida al catalanismo de posguerra. Rovira i Virgili, al cruzar la frontera francesa, recordaba en su descripción de los últimos días de la Cataluña republicana el sentimiento de impotencia y frustración que consumía a muchos líderes catalanistas. El político tarraconense pensaba en la fecha del 26 de enero de 1641, cuando tropas catalanas y francesas vencieron en Montjuïc al ejército invasor del Marqués de Los Vélez, compuesto «per una majoria d'estrangers». Pero sentía que esta vez la hazaña no podría repetirse, entre otras razones por la imposibilidad de organizar una defensa auténticamente *catalana* de Barcelona. Incluso desde dentro, en su propia casa, los catalanes estarían ahora en manos de forasteros:

La direcció de la defensa no està ara —ni poc, ni molt, ni gens— a les nostres mans. No es deixa als catalans gairebé altre lloc que el de reclutes. Son bons per lluitar, per treballar, per morir, però no pas per manar en l'exèrcit i en el govern de la República. Manquen així fins els ressorts psicològics d'una reacció catalana heroica i decisiva. [...] Cap paper important no s'ha donat ni es dona als catalans, si no és el paper de culpables de les derrotes, i sobretot el de culpables de la desfeta fi-

⁷ Carta de Joan Sales, Barcelona, 6.1.1939, en id., *Cartes de la guerra*, Club Editor, Barcelona, 2003 [1986], pp. 247-48.

⁸ Carta de Lluís Nicolau d'Olwer a Ramon Peypoch, París, 15.6.1939, citada por Daniel Díaz Esculies, *El catalanisme polític a l'exili (1939-1959)*, La Magrana, Barcelona, 1991, p. 18.

nal[...]. Políticament, el cas actual de Catalunya és pitjor que els casos dels anys 1640 i 1714. Ara, gent d'altres terres ens ataca des de fora, i gent d'altres terres ens mana des de dins. En aquesta lluita, els catalans estem entre dos focs.⁹

4. Tanto en el catalanismo radical como en buena parte del nacionalismo vasco se abrió paso la tentación de considerar la guerra como un asunto interno puramente español y fruto de la tradicional intransigencia e intemperancia española, opuesta al *seny* catalán o al noble y equilibrado carácter vasco...¹⁰ Una interpretación que era compartida también, en sus postulados ideológicos (y prepolíticos) fundamentales, por la mayoría de los nacionalistas pragmáticos. Desde esta perspectiva, la intransigencia en materia religiosa y la anarquía introducida en sus territorios por las organizaciones de izquierda era equivalente a la intolerancia lingüística y cultural de los rebeldes franquistas. Por lo tanto, la mejor opción era permanecer neutral ante una guerra *española*, o al menos tratar de explotar las incertidumbres creadas por la nueva situación de guerra y revolución para obtener mayores cotas de autogobierno, si no la independencia, de sus naciones *oprimidas*. Esta esperanza se reveló bien ilusoria. Ni los activos pero minoritarios montañeros nacionalistas (*mendigoizales*) vascos ni los independentistas catalanes agrupados en *Estat Català* (EC) participaban de modo decisivo en los Gobiernos autónomos, ni poseían fuerza militar suficiente para imponer sus postulados en el corto y medio plazo. Los mendigoizales reclutaron dos batallones de combatientes voluntarios, y EC apenas uno. Con todo, los catalanistas radicales se vieron envueltos en algunas oscuras tentativas para intentar tomar el poder en Cataluña en el otoño de 1936, conspiraciones que no llevaron a

⁹ Antoni Rovira i Virgili, *Els darrers dies de la Catalunya republicana. Memòries sobre l'èxode català* [1940], Curial, Barcelona, 1976, pp. 16-18.

¹⁰ Para una interpretación de la Guerra Civil en Cataluña desde esta perspectiva, vid., por ejemplo, Victor Castells, *Nacionalisme català i Guerra Civil a Catalunya (1936-1939)*, Dalmau, Barcelona, 2002. Para el caso vasco, de Ceferino Jemein, *Euzkadi en guerra (1936-1937)*, Alderdi, Bilbao, 1988. Para la pervivencia de interpretaciones de esa naturaleza tras 1980, vid. Paloma Aguilar, «The Memory of the Civil War in the Transition to Democracy. The Peculiarity of the Basque Case», *West European Politics*, 21:4 (1998), pp. 5-25; Antonio F. Canales Serrano, «El robo de la memoria. Sobre el lugar del franquismo en la historiografía católico-catalanista», *Ayer*, 59 (2005), pp. 259-80, y Sören Brinkmann, *Katalonien und der spanische Bürgerkrieg. Geschichte und Erinnerung*, Frey, Berlín, 2007, pp. 132-54.

ningún fin, e igualmente jugaron en ocasiones a reforzar el sector más nacionalista de la ERC.¹¹

5. El claro y creciente protagonismo de la cuestión social en la Guerra Civil no pudo ser obviada por los discursos de guerra del galleguismo, catalanismo y del nacionalismo vasco. Cada uno de ellos reaccionó ante la radicalización de las demandas sociales y las dinámicas revolucionarias en liza en el bando republicano de diferente manera. Los galleguistas —como se puede observar en su líder más carismático, Alfonso R. Castelao— acercándose a varios de los postulados de liberación social y nacional para Galicia que eran elaborados contemporáneamente por los comunistas gallegos. Los catalanistas republicanos, atrapados entre el fuego del temor a la revolución colectivista, sus propias metas de justicia social más o menos reformista y la necesidad de sobrevivir políticamente, después de un momento inicial de desorientación y desorganización entre sus militantes, a través de un juego de alianzas constante con los anarcosindicalistas y los comunistas, preconizaron la necesidad de hallar una *vía catalana* a la revolución. Una aspiración que fue abrazada de modo retórico y entusiasta por los sectores más radicales y juveniles del catalanismo. Esa revolución catalana debía ser diferente de la introducida por elementos que eran implícitamente considerados ajenos a Cataluña, en particular por los grupos armados de la Federación Anarquista Ibérica [FAI], que para los catalanistas eran en su mayoría «murcians» e inmigrantes en general.¹² E, igualmente, debía hacer bandera del orden, la subordinación a los fines de guerra republicanos y de la Generalitat, la justicia social de carácter redistributivo y el respeto a las peculiaridades históricas del régimen de propiedad en Cataluña, dentro de una

¹¹ Cf. Eduard Puigventós, *Complot contra Companys: L'afer Rebertés i la trama catalanista per aconseguir la Generalitat durant la Guerra Civil*, IEC, Barcelona, 2008, así como el volumen de próxima aparición de Enric Ucelay da Cal y Arnau González i Vilalta (dir.), *Contra Companys. La frustración nacionalista ante la revolución*, PUV, València, 2010 (en prensa).

¹² «Tothom atribueix les salvajades als immigrants i a la FAI», escribía Joan Sales en carta del 2.8.1936 (id., *Cartes*, pp. 19-25). No obstante, el mismo Sales se sorprendía cinco meses después, al ser destinado como oficial a la Columna Durruti, cuando comprobó que la mitad de sus componentes eran catalanes y la otra valencianos, lo que chocaba con su propio prejuicio, alimentado según él porque todos los faístas «qui feien de les seves a la rereguarda» no eran catalanes. Con todo, los parlamentos públicos de sus comisarios y oficiales siempre tenían lugar en castellano. Vid. cartas de Joan Sales a Mercè Figueres, 18.1.1937 y 17.2.1937, y a Màrius Torres, Madrid, 22.2.1937, en *ibidem*, pp. 86-94.

interpretación igualitaria y «socialitzant», que llevase a una República de fuerte contenido social.¹³

Con todo, el vocabulario tanto de ERC como de EC, y el de muchos catalanistas pertenecientes a organizaciones sectoriales apartidarias, como *Pa-lestra* o la *Federación Nacional d'Estudiants de Catalunya* (FNEC) se vio obligado a adoptar una vestimenta claramente revolucionaria y colectivista que iba más allá del discurso populista anterior al 18 de julio de 1936. La cuestión ahora consistía en *catalanitzar* la revolución adaptándose a ella, no negarla ni combatirla.¹⁴ Como resumía Pere Carbonell i Fitas (1916), joven catalanista de izquierda, con simpatías vagamente independentistas y uno de los fundadores de la FNEC, su impulso en aquel momento, como el de muchos de sus compañeros, se resumía en definir cuál había de ser el papel de Cataluña y su supervivencia como pueblo dentro del mundo nuevo que alumbraría el parto revolucionario.¹⁵ Y el comité local de ERC en Manresa se pronunciaba en noviembre de 1936 por «admetre totes aquelles modificacions i avanços que en matèria econòmica i social puguin produir-se», siempre que esas transformaciones se incardinasen «en lo material, amb un ordre que encarrili la societat naixent, i en lo espiritual, en el sentiment de catalanitat sense el qual, perdria la nostra terra la seva personalitat».¹⁶

¹³ Vid. A. Rovira i Virgili, «La Catalunya de demà», *Meridià*, 14.1.1938, p. 6.

¹⁴ Vid., por ejemplo, Josep Pous i Pagès, *Al marge de la Revolució i de la guerra*, Catalunya, Barcelona, 1937, o Cruells, Manuel, *El catalanisme és una revolució: El passat de Catalunya com a orientació per al futur*, Edicions Estat Català, s. l [Barcelona], s. f. [1937?]. Igualmente, el editorial del *Diari de Barcelona*, 4.9.1936, p. 3, órgano del independentismo catalán durante la guerra.

¹⁵ Cf. Pere Carbonell i Fita, *Entre la vocació i el deure. Un estudiant de mestre a l'artilleria de l'Exèrcit Popular (1936-1939)*, PAM, Barcelona, 2002, pp. 10, 38-39 y 51-56.

¹⁶ Citado por Josep Antoni Pozo González, «El poder revolucionari a Catalunya durante els mesos de juliol a octubre de 1936 / Crisi i recomposició de l'Estat», Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2002, p. 206. Sobre la desorientación de la ERC en los meses iniciales de la guerra, y la incertidumbre de sus bases, buena parte de ellas representantes de las «clases medias» en sentido amplio, ante el protagonismo adquirido por las organizaciones obreras y su temor a la desaparición de las aspiraciones catalanistas frente a la primacía de las aspiraciones revolucionarias, así como las deserciones de numerosos militantes hacia el PSUC en busca de una mayor disciplina que impusiese *orden* y un acento catalán en la revolución, cf. ibidem, pp. 204-18, así como las observaciones de Enric Ucelay-Da Cal, *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939)*, La Magrana, Barcelona, 1982, pp. 293-95. Con todo, la ERC no llegó a desaparecer como fuerza política y conservó una notable influencia hasta 1939: cf. José Luis Martín Ramos, *Esquerra Republicana durante la Guerra Civil*, Documento de Trabajo 2008/5, Fundación Ortega y Gasset, Madrid, 2008.

En el caso vasco, los nacionalistas del PNV echaron mano del repertorio socialcristiano, ya presente en su discurso y reforzado durante los años republicanos, radicalizando ahora sus contenidos con una retórica anticapitalista que, con todo, no llegaba a predicar la abolición de la propiedad privada. El reformismo social de inspiración cristiana, con matices diversos según los sectores —por ejemplo, el énfasis del órgano mendigoizale *Patria Libre* en la copropiedad de las empresas— tendría además fundamentos en la tradición vasca, pueblo de *jaunak* (propietarios) y capaz de experimentos sociales diferentes de los ensayados en pueblos donde no existía ese sustrato social. Por lo tanto, el procurar una tercera vía era una exigencia social, pero también nacional: a una nación diferente correspondía un modelo de ordenación social propio.

2. ¿Por qué patria(s) luchaban los soldados?

Si pasamos al estadio de la *nación desde abajo*, podemos advertir de modo general claras diferencias entre combatientes nacionalistas vascos, por un lado, y galleguistas y catalanistas, por el otro. Resumiendo, los primeros profesaban un sentimiento mayoritario de pertenencia exclusiva a la nación vasca, siendo la República una causa inexistente en sus objetivos y motivaciones. Para los segundos, fuera de los catalanistas radicales, la República como referente de legitimidad cívica, pero también dotado de componentes afectivos, se situaba en un plano complementario y no opuesto al de la lealtad nacional hacia Cataluña o Galicia.

2.1. *La única patria de los gudarís*

Sobre la cultura de guerra específica del nacionalismo vasco ya hemos disertado de forma específica en esta misma revista, con lo que aquí nos limitaremos a exponer de modo resumido las conclusiones.¹⁷ Los testimonios contemporáneos, autobiográficos y epistolares de gudarís vascos identificados cercanos a la causa nacionalista coinciden de modo elo-

¹⁷ Cf. Xosé M. Núñez Seixas, «Los nacionalistas vascos durante la Guerra Civil (1936-1939): Una cultura de guerra diferente», *Historia Contemporánea*, 35 (2007), pp. 559-99.

cuenta en un punto: sólo luchaban por la causa de la libertad de Euskadi. Ciertamente, también hubo entre ellos quien fue movilizado a la fuerza y no compartía necesariamente ningún sentimiento de lealtad nacional exclusiva hacia el País Vasco.¹⁸ Y muchos combatientes vascos y euskaldunes tenían como móvil fundamental la defensa de la República, aunque compartiesen un sentimiento de identidad vasco y, sobre todo, local.¹⁹ También había quien mantenía un ambivalente equilibrio entre la identificación con Euskadi y la República como un todo. Pero podemos afirmar que muchos, sino la gran mayoría, de los militantes del PNV, como de ANV y en particular los encuadrados en la tendencia independentista radical de los Mendigoizales, percibieron la guerra como una defensa de su territorio y de las libertades de Euskadi frente a un enemigo *español* que no era sino una nueva encarnación de anteriores enemigos, y que, entonces como en las guerras carlistas del siglo XIX, provocaban la división de los vascos en dos bandos contaminados por ideologías *foráneas*. Para muchos de aquéllos, además, tanto la República *centralista* como los insurgentes eran enemigos a batir por igual en defensa de lo único que importaba: la independencia de Euskadi.

La mayoría de esos combatientes nacionalistas se movilizaron contra el fascismo. Pero sus compañeros de viaje, fuesen izquierdistas y republicanos vascos o no vascos, les desagradaban profundamente. Y el enemigo era considerado una expresión del secular odio *español* por todo lo vasco, ahora en forma de fascismo invasor y ayudado por mercenarios extranjeros. Si hay un *Leitmotiv* en las misivas y testimonios de *gudaris* y líderes intermedios del nacionalismo vasco, éste era sin duda la defensa de la patria vasca ante una agresión foránea. El Estatuto aprobado en octubre de 1936 como un primer paso por la victoria en la guerra, que habría de conducir a la «esperanzadora realidad de una Patria regenerada y libre en la libertad de la plena soberanía política y social», para ver «pronto aquella nuestra amada tierra libre de influencias extrañas».²⁰

¹⁸ Cf. por ejemplo Txema García Crespo, «Diario de José María García Hernández», *Sancho el Sabio*, 24 (2006), pp. 191-216.

¹⁹ Así se expresa, por ejemplo, en el diario del miliciano socialista de Eskoriatza Epifanio Guridi, quien consideraba su causa la de la República y su bandera la roja, pese a utilizar el término *Euzkadi*. Cf. Epifanio Guridi, *Memoria de la triste y cruel guerra de España*, manuscrito (debo una copia a la amabilidad de Jon Ander Ramos Martínez, UPV-EHU, quien editará y prologará el citado diario en breve).

²⁰ Carta de Joseba Mirena Azkarraga a José Antonio de Aguirre, Bilbao, 10.10.1936, en Archivo Histórico del Nacionalismo Vasco, Artea (AHNV), GE 27/1.

La experiencia de la lucha común, empero, y el hecho de que algunos de ellos hubiesen combatido en frentes alejados del País Vasco, no contribuyó a estrechar lazos afectivos con la República o con las milicias obreras y de otros partidos y organizaciones. Esto tenía que ver con su bagaje doctrinal previo, impregnado de un poso racista de raigambre sabiniana, todavía anclada en la cosmovisión fundamental de las bases del PNV, a pesar del barniz modernizador introducido por la nueva generación de dirigentes *jelkides* de los años treinta (Irujo, Landaburu, Aguirre, etcétera). Ese bajaje era tanto o más importante que la distancia existente entre el ideario básico en materia social y religiosa de los milicianos de izquierda obrera y los gudarís nacionalistas. Y a eso se unía la carencia de socialización política en valores republicanos de los militantes del PNV. La intolerancia, supuestamente atávica, de España y sus gentes, contagiada a la nación vasca, habría sido la culpable en último extremo de la tragedia, según estos últimos.²¹

No faltaban entre los combatientes nacionalistas vascos, como incluso recogen recreaciones literarias y memorias benévolas hacia ellos, sentimientos *antimaketos* de raigambre aranista, a veces motivados por las frecuentes desavenencias entre milicianos de izquierda obrera y los combatientes o campesinos nacionalistas (o simplemente euskaldunes). Y también había casos de gudarís que mostraban, en una suerte de reflejo especular de lo que eran las motivaciones de los combatientes requetés o tradicionalistas del bando franquista, un orden de prioridades muy semejante, teñido de catolicismo: primero Dios, y después... *Euzkadi*. Una Euzkadi que «en estos días de guerra, padece por Cristo, y muere con Cristo, y quiere ser sepultado con Cristo».²²

No es de extrañar así que, cuando Vizcaya cayó definitivamente en manos franquistas a mediados de junio de 1937, tras la entrada de las tropas de Mola en Bilbao, las unidades militares fieles al Gobierno de Aguirre y al PNV, los *Mendigoizales* e incluso ANV perdieron interés rápidamente en seguir luchando por una causa que ya no era sentida como la propia, a lo que se unía una mezcla de frustración, de desconfianza hacia los aliados republicanos y de falta de identificación con el territorio

²¹ Cf. los testimonios reproducidos en Javier Cervera Gil, *Ya sabes mi paradero. La Guerra Civil a través de las cartas de los que la vivieron*, Planeta, Barcelona: Planeta, 2005, pp. 177-78, 274-76, 281 y 397.

²² Cf. por ejemplo el testamento autógrafo del gudari José M.^a de Urrutia y Aldama, muerto el 30 de noviembre de 1936, y reproducido en *Gudari*, 5, 15.4.1937, s/p.

que ahora tocaba defender. Es cierto que los líderes más destacados del PNV se mantuvieron fieles a la República hasta el final del conflicto, como Manuel de Irujo —que conservó su cartera en el Gobierno de la República hasta su dimisión en solidaridad con el ministro de la ERC en agosto de 1938— y el lehendakari José Antonio Aguirre, quien se estableció con su Gobierno en Barcelona junto con otros destacados dirigentes y numerosos militantes del PNV, y permaneció en ella hasta la caída de la ciudad. Un buen número de militantes nacionalistas les siguió y combatió en otras unidades del Ejército Popular de la República durante el resto del conflicto, particularmente en las Milicias Vascas, que actuaron en el frente del Este. Con todo, el PNV intentó que sus combatientes sólo luchasen en el frente de Huesca, para aspirar desde allí a reconquistar Navarra y evitar los estragos que tropas más *extremistas* pudiesen provocar en una Euskadi *liberada*. Hubo también combatientes vascos de simpatías más o menos nacionalistas, que estaban diseminados en otras unidades del Ejército de la República. En este caso, algunos testimonios sugieren la existencia entre ellos de sentimientos de lealtad nacional y política de una mayor complejidad. Era el caso del capitán del vapor *Elcano*, quien escribía al lehendakari Aguirre en octubre de 1936 felicitándole por su nombramiento y rematando su carta con sendos «Gora Euzkadi» y «Viva la República Federal Española».²³ O, igualmente, el del comandante de una brigada de gudarís que combatía en 1938 en el frente de Aragón, García Miranda, quien afirmaba luchar por una idea única, el triunfo de la República, que llevaría aparejada la libertad de Euskadi dentro de ella.²⁴ Igualmente, la gestión de Aguirre al frente del Gobierno Vasco, su carisma y la eficaz acción de su administración en la ayuda a los refugiados tras la derrota también contribuyeron a acercar muchas voluntades de simpatizantes de partidos republicanos y de izquierda al nacionalismo vasco.²⁵

Sin embargo, para la mayoría de los mandos intermedios y gudarís de a pie no había ya otra razón para tomar las armas que la libertad del País Vasco. Únicamente tras la caída del frente del Norte la prensa nacionalista vasca editada en Barcelona incluyó en las necrológicas de los *guda-*

²³ Carta de Ildfonso de Gaztañaga a Aguirre, Cartagena, 2.10.1936, en AHNV, GE 27/1.

²⁴ «Arribaran a Euzkadi per Navarra...», *La Humanitat*, 20.1.1938, p. 4.

²⁵ Vid., por ejemplo, carta de Siro F. de Retana a Aguirre, Ghétary, 7.3.1939, en AHNV, GE 378/3.

ris enrolados en otros frentes en unidades del Ejército de la República un matiz: también morían por la República. Pero su sacrificio, según el diario *Euzkadi*, servía de lección sobre «cómo y por qué luchan y saben morir los vascos en esta guerra. Luchan por la independencia de su patria, Euzkadi; y por la República, que la hará posible».²⁶

2.2. *La Galiza mártir y la República*

El nacionalismo gallego pasó en pocas semanas de la euforia a la depresión. Tras haber actuado como principal fuerza catalizadora de la campaña pro-autonomía, culminada en el referéndum celebrado el 28 de junio de 1936 con resultado mayoritariamente afirmativo, el hecho de que Galicia fuese uno de los territorios de la República que a fines de julio cayeron bajo el control sin fisuras de las fuerzas sublevadas desencadenó una feroz represión contra el principal partido nacionalista gallego, el *Partido Galeguista* (PG), varios de cuyos líderes más significativos y ubicables en su ala más republicana y socialreformista fueron asesinados o fusilados en las semanas siguientes por las nuevas autoridades militares. Apenas unas decenas de militantes y simpatizantes, entre ellos el líder más carismático del PG, el diputado a Cortes, escritor y dibujante Alfonso R. Castelao, consiguieron salvar el pellejo por diversas vías, bien por conseguir escapar del territorio galaico, o bien por hallarse fuera de Galicia en el momento de la sublevación. A fines de julio, fueron los diputados galleguistas presentes en Madrid quienes promovieron la fundación de unas *Milicias Gallegas*, que enseguida cayeron bajo control comunista, y que demostraron una gran eficacia en movilizar para su causa a numerosos segadores gallegos presentes en los alrededores de Madrid para la recolección de la cosecha de trigo, así como a emigrantes y militantes diversos de origen galaico.²⁷ Por ello, no hubo ninguna unidad militar de carácter exclusiva o preponderantemente galleguista en el bando republicano durante el conflicto. Posteriormente, Castelao se desplazó a Valencia, y más tarde

²⁶ «Otro héroe de Euzkadi», *Euzkadi*, 18.10.1938, p. 1.

²⁷ Cf. el testimonio del líder comunista Santiago Álvarez, *Las milicias populares gallegas: Un símbolo de la Galicia antifranquista*, Eds. do Castro, Sada, 1989. Sobre el carácter inicialmente galleguista de las milicias, cf. carta del diputado del PG Ramón Suárez Picallo a Eduardo Blanco Amor, Madrid, 17.8.1936, en Biblioteca da Deputación Provincial de Ourense, Fondo Blanco Amor (BDPO-FBA).

a Barcelona, donde funcionó una Secretaría Ejecutiva del PG en locales cedidos por el Comisariado de Propaganda de la Generalitat de Cataluña.

Los escasos nacionalistas gallegos presentes en el bando republicano se movilizaron decididamente a favor de la República. Y lo hicieron en nombre de postulados semejantes al discurso de guerra del catalanismo republicano, como resumía Castelao en una carta de fines de 1936, solicitando la ayuda de los gallegos emigrados: «Necesitamos agora máis que nunca, a vosa axuda. Por Galiza e pol-a República».²⁸ Su mejor expresión fueron los varios escritos y discursos de guerra de la autoría del mismo Castelao, quien también puso su arte al servicio de la propaganda republicana, como muestran sus álbumes *Galiza mártir* (1937) y *Milicianos* (1938). En ellos, el dirigente galleguista no dejaba ninguna duda de su fervorosa identificación con la República, en términos político-estratégicos y cívicos, pero también emotivos, incorporando buena parte del discurso patriótico republicano que definía el conflicto como una guerra de independencia nacional [española]. En carta dirigida a los soldados gallegos y asturianos que combatían en los frentes de Asturias, fechada en Valencia a primero de mayo de 1937, Castelao saludaba a los «hombres del Atlántico —mar ancho de la Libertad— que luchan por la independencia de España», si bien esa independencia era por él postulada desde su «corazón de patriota gallego».²⁹ Pues la guerra ofrecía una nueva oportunidad para derrotar definitivamente la intransigencia *castellana*, alumbrando una futura y más o menos definitiva España federal, afirmaba el político de Rianxo en un discurso radiado en noviembre de 1936:

Esta guerra se encargará de abolir un pasado ignominioso, [...] y toda la sangre, todo el fuego y todo el hierro de la lucha que estamos presenciando ha de servir para alumbrar, purificar y mantener una nueva concepción del Estado. Estamos, pues, asistiendo a la violencia sangrienta y dolorosa de un parto que habrá de ser feliz alumbramiento de una nueva España. [...] Traigo la esperanza de que al final de esta guerra, cuando la Castilla fascista se derrumbe, mi Galicia aparecerá erigida, con los puños en alto, buscando a Cataluña y Euzkadí, para gritar desde lejos: ¡Presente!³⁰

²⁸ Carta de Alfonso R. Castelao a Eduardo Blanco Amor, Madrid, s. f. (fines de 1936), BDPO-FBA.

²⁹ *Avance. Diario Socialista de Asturias*, 8.6.1937, p. 1.

³⁰ Vid. «Palabras de Alfonso Castelao en Cataluña» [noviembre de 1936], en Alfonso R. Castelao, *Obras*, Galaxia, Vigo, 2000, vol. IV, pp. 339-43.

La sangre vertida y el sacrificio de millares de combatientes y civiles, tanto en los frentes como en la Galicia ocupada por el fascismo, habría de propiciar una férrea solidaridad y unidad entre todos los republicanos antifascistas gallegos, alrededor de las causas compartidas de la República y del autogobierno del país. Castelao enunciaba ya en febrero de 1937 como un lema a extender entre los gallegos de América y los residentes en la zona leal el lema de la *Galiza mártir*, «xa que os mártires trunfan e algunha vez mellor que os herois». ³¹ La Guerra Civil devenía así para el galleguismo político una nueva estación del *via crucis* sufrido por Galicia desde la Edad Media, tras su *conquista* a sangre y fuego por los Reyes Católicos y el aplastamiento de la revuelta *irmandiña*. Con ello, el discurso galleguista de guerra aspiraba a poder consolidar en el futuro la autonomía que no se había llegado a aplicar en Galicia con anterioridad al golpe de Estado. ³² Pero, igualmente, esa misma sangre derramada también se convertiría en un poderoso argumento de legitimación para edificar una nueva relación entre los territorios de la República, que habría de estar basada en un nuevo pacto federal de nacionalidades ibéricas. ³³

La matriz ideológica de naturaleza republicana federal o confederal del galleguismo de orientación democrático-progresista desde 1916-18 tenía como consecuencia que los nacionalistas gallegos mantuviesen en todo momento una fidelidad de fondo hacia la causa de la República en su conjunto. Eso también les llevaba en ocasiones a adoptar un vocabulario genéricamente semejante al de los comunistas gallegos o al del conjunto del republicanismo español. Así lo manifestaban al unísono Castelao y Companys en un encuentro mantenido por ambos el 17 de diciembre de 1937. ³⁴ En su proclama de junio de 1938 *Aos galegos antifeixistas de Nova York*, el líder galleguista incidía en términos semejantes: «co nome da Galiza no corazón estamos defendendo a independencia de Hespaña e a liberdade do mundo». Pero en agosto de ese año, en un llamamiento a los españoles de América, Castelao señalaba

³¹ Carta de Castelao a Rodolfo Prada, Valencia, 5.2.1937 (Fundación Castelao, Santiago de Compostela).

³² Alfonso R. Castelao, «A fé no mañán», *Nova Galiza*, 3, 5.5.1937, p. 3.

³³ Alfonso R. Castelao, «No corenta aniversario da publicación do programa federal» [julio de 1938], reproducido en id., *Obras*, vol. IV, pp. 347-48.

³⁴ «Acte d'adhesió dels gallecs residents a Catalunya al President Companys», *La Humanitat*, 18.12.1937, p. 1.

sólo como meta a conquistar «la independencia de España» ante la agresión italogermana que amenazaba la libertad y el patrimonio del pueblo español, que «mezcló su sangre para defender la independencia de la Patria».³⁵

Y es que el *otro* que ocupaba Galicia, pese a ser definido como un invasor, rara vez lo era como un invasor *español* en territorio patrio, sino más bien como una abigarrada turbamulta compuesta de moros, alemanes, italianos y fascistas que, a veces, eran identificados con el tradicional imperialismo castellano. Si esos extranjeros triunfaban esclavizarían económicamente el país, como una nueva Abisinia, dando paso a empresas italianas y alemanas que se harían llamar *nacionales*, y que transformarían tanto a Galicia como a España en una colonia.³⁶ Frente a ellos, y al igual que en el discurso de los comunistas gallegos, se erguía el mito del monte Medulio, donde los galaicos de otrora habían resistido a los romanos, cuyos descendientes debían ser ahora expulsados de la península.³⁷

Sólo entre los seguidores de la corriente independentista del galleguismo, con fuerza sobre todo en la organización juvenil del movimiento (la *Federación de Mocedades Galeguistas*) son registrables en un principio reacciones semejantes a las de los mendigoizales vascos. Por poner un ejemplo, el 20 de julio de 1936 el poeta nacionalista Celso Emilio Ferreiro, escondido en su aldea natal cerca de Celanova (Ourense), comunicaba a un correligionario que esperaba que pasase la tormenta desatada por «iste exército felón e cobarde, que endexamais sirveu para outra cousa que coleccionar derrotas e oprimir aos pobos da península»; pero también que precisamente entonces era preciso acen-tuar el sentimiento independentista, cuando concluyese la nueva *sanjurjada*: «Hoxe mais que nunca: MORRA HESPAÑA».³⁸ Sin embargo, entre otros miembros de las juventudes galleguistas que consiguieron escapar de Galicia e incorporarse al territorio de la República es apreciable una identificación cívica con la República española en su conjunto, además de Galicia como nación. Lo que se veía igualmente favorecido por la

³⁵ Vid. *Nueva Galicia*, 44, 23.6.1938, p. 2, y 50, 31.8.1938, p. 2.

³⁶ «¿Qué sería Galiza baixo o réxime feixista?», *Nova Galiza*, 12, 15.11.1937, p. 2.

³⁷ Ramón Cabanillas, «Romance de loita», *Nova Galiza*, 4, 20.5.1937, p. 1; también, Alfonso R. Castelao, «Lembranza», *Nova Galiza*, 8, 1.8.1937, p. 1.

³⁸ Carta de Celso Emilio Ferreiro a Bieito Fernández Álvarez, Acebedo do Rio (Celanova) 20.7.1936, en Archivo Bieito Fernández (Lugo).

orientación reformista en materia social de muchos de esos jóvenes nacionalistas.³⁹

2.3. *La terra Cataluña y la República*

Desde los primeros momentos del conflicto, la Generalitat de Cataluña fracasó en sus intentos de constituir una fuerza militar propia compuesta por soldados de leva y oficiales profesionales. Sólo fue capaz de mantener una academia para la formación de suboficiales y oficiales provisionales, la *Escola de Guerra*, hasta mayo de 1937, con el objetivo de dotar de cuadros al *Exèrcit de Catalunya*. Este último fue creado por Decreto de la Generalitat publicado el 6 de diciembre de 1936, y sometido en exclusiva a las órdenes del Gobierno catalán, pero sólo existió —más sobre el papel que en términos efectivos— hasta mayo de 1937, gracias en parte al apoyo táctico de la CNT, interesada en mantener tropas bajo su propio ámbito de influencia política. Era un ideal de ejército propio que entroncaba con la tradición paramilitar del catalanismo radical y con los renovados sueños de galvanización suprapartidista del nacionalismo a través de la movilización bélica, punto en el que el independentismo esperaba generar una unanimidad que acabase con las divisiones entre siglas y partidos.⁴⁰

Empero, en la movilización de milicianos para el frente de Aragón durante los tres primeros meses de la guerra llevaron siempre la delantera las organizaciones de la izquierda obrera. La gran mayoría de los soldados catalanes movilizados en los primeros meses de la guerra combatieron bajo las órdenes de mandos afines al *Partit Socialista Unificat de Ca-*

³⁹ Vid., por ejemplo, las memorias del aviador galleguista Elixio Rodríguez Domínguez, *Matádeo mañá*, Xerais, Vigo, 1994; las del oficial del Ejército Republicano Ramón Valenzuela Otero, *Non agardei por ninguén*, Akal, Madrid, 1976, y las del diplomático Lois Tobío, *As décadas de T.L.*, Eds. do Castro, Sada, 1994. En otros casos, la fidelidad a la República se mantenía a pesar de que los militantes galleguistas se viesan forzados a enrolarse en el ejército insurgente para salvar la vida: cf. Antonio Piñeiro, *Pepe Velo: Pensador, soñador e mestre revolucionario*, Xerais, Vigo, 2000, o Marino Dónega, *De min para vós. Unha lembranza epistolar*, Galaxia, Vigo, 2002.

⁴⁰ Vid., por ejemplo, las cartas de Joan Sales, 20.9.1936, 25.10.1936, 1.11.1936, 2.2.1937 y 18.11.1938. en id., *Cartes*, pp. 32-33, 41-48, 78-89 y 240-41. Buena parte de los militantes universitarios del catalanismo radical ingresaron en la *Escola de Guerra*, con el propósito de convertirla en el embrión de un ejército catalán independiente.

talunya [PSUC], constituido en julio de 1936, o de anarcosindicalistas de la CNT. Y a pesar de su notable influencia social, los partidos y organizaciones nacionalistas catalanas, desde ERC y EC a sindicatos como el *Centre Autonomista de Dependents del Comerç i l'Indústria* y entidades cívicas como *Palestra*, sólo llegaron a tener bajo su control o influencia directa una reducida minoría de los milicianos y combatientes catalanes integrados después en el Ejército Popular.⁴¹

Los nacionalistas catalanes, con todo, consiguieron enviar al frente algunas unidades propias entre el verano y el otoño de 1936. Participar en el alistamiento de tropas con sus milicias de partido no fue tarea fácil para los catalanistas, ya que desde la formación del Comité Central de Milicias Antifascistas el 21 de julio de 1936 —y vigente hasta el 1 de octubre del mismo año— las organizaciones obreras intentaron monopolizar el protagonismo armado en el frente. Pero tanto los dirigentes de ERC como de EC percibieron con claridad que, si no querían quedar excluidos de la jerarquía de poderes que sucedería a los momentos revolucionarios, era vital tener presencia propia en el combate.⁴²

Dos fueron las unidades militares formadas por el catalanismo. Por un lado, las *Milícies Alpines*, después rebautizadas como *Milícies Pirinenques*, vinculadas a grupos de excursionistas y de montañeros de orientación catalanista, en las que participaron inicialmente miembros del PSUC, pero que se situaron mayoritariamente en la órbita de EC y de miembros de otras organizaciones catalanistas radicales. Llegaron a contar con unos 600-700 hombres.⁴³ Por otro lado, las columnas Francesc Macià y Lluís Companys, que fueron creadas a fines de agosto de 1936, situadas bajo el mando de militares profesionales y reclutadas de forma mayoritaria entre afiliados y simpatizantes de ERC, así como de otros grupos y entidades catalanistas. Ambas unidades se unificaron en la columna Macià-Companys y, más tarde, en la brigada Macià-Companys, para convertirse en mayo de 1937 en la 30.^a División. Con unos efectivos de unos 1.300 hombres en septiembre de 1936, la columna Macià-Companys llegó a contar

⁴¹ Vid. Judit Camps y Emili Olcina, *Les Milícies Catalanes al Front d'Aragó (1936-1937)*, Laertes, Barcelona, 2006, así como Ramon Brusco, *Les milícies antifeixistes i l'exèrcit popular a Catalunya*, El Jonc, Lleida, 2003.

⁴² Cf. Miquel Guinart, *Memòries d'un militant catalanista*, PAM, Barcelona, 1988, pp. 52-53.

⁴³ Cf. la descripción de Jaume de Ramon i Vidal, *El Regiment Pirenenc num. 1 de Catalunya*, Dalmau, Barcelona, 2004.

en la primavera de 1937 con unos 2.000 soldados.⁴⁴ Para muchos simpatizantes y votantes del catalanismo republicano y hasta de la Lliga la movilización de la columna Macià-Companys poseía, además, un valor simbólico muy superior al de su importancia militar efectiva, ya que era vista como una reconquista de posiciones del nacionalismo en una retaguardia dominada por la agenda revolucionaria.⁴⁵

Según varios cómputos, las milicias catalanas de varios partidos de izquierda marxista y de la CNT en el frente de Aragón totalizaban entre 18.000 y 20.000 hombres a fines de 1936, a los que se añadirían unos 1.300-1.500 de la Macià-Companys, cerca del 7,2% del total de milicianos. Con anterioridad a la llamada a filas de soldados de reemplazo pertenecientes a las quintas de 1932 a 1936 el nacionalismo gubernamental de la ERC tuvo bajo su mando directo alrededor de un 6,5-7% de los efectivos militares catalanes, un porcentaje muy semejante al de las fases iniciales de guerra *de columnas* del verano-otoño de 1936.⁴⁶ Ciertamente, existían militantes de la Esquerra y de otros grupos catalanistas en otras divisiones, pero seguían siendo una minoría.⁴⁷ Un informe de un agente de la inteligencia militar soviética destacaba que los nacionalistas de la ERC «ejercen una influencia política importante en el cuerpo de oficiales», que gustaba del *orden* que intentaba imponer Companys, aunque asimismo su «enfoque regional» los llevaba a limitarse a defender Cataluña, lo que explicaría su pasividad en el frente de Aragón, pues no querían «utilizar los cartuchos de que disponen en beneficio de [el Gobierno de] Valencia». Y el delegado del Komintern Ernö Gerö llegaba a semejantes conclusiones

⁴⁴ Vid. «Les columnes Francesc Macià i Lluís Companys», *La Humanitat*, 5.9.1936, p. 1; Francesc Xavier Hernández Cardona e David Iñiguez Gràcia, *La columna Macià-Companys*, Fundació Josep Irla, Barcelona, 2009 [2.^a ed.].

⁴⁵ Hernández Cardona e Iñiguez Gràcia, *La columna*, p. 57; Vicente Guarnier, *Cataluña en la guerra de España 1936-1939*, G. del Toro, Madrid, 1975, p. 172.

⁴⁶ Cf. Hernández Cardona e Iñiguez Gràcia, *La columna*, pp. 35-36; Camps y Olcina, *Les Milícies*, pp. 68-70; Pozo González, «El poder revolucionari», pp. 136-38. Este autor, a partir de una muestra de 2.400 milicianos que percibieron haberes entre julio y noviembre de 1936, concluye que un 6,5% de ellos pertenecía a la ERC, frente a un 49,4% de la CNT, un 19,5% del PSUC y un 8,7% del POUM. Los cálculos globales varían según los diversos testimonios, pero en todo caso el porcentaje de milicianos de ERC y otras organizaciones catalanistas debió ser relativamente similar o un poco inferior a los pertenecientes al POUM hasta mayo de 1937.

⁴⁷ Era el caso de los varios núcleos de militantes de la FNEC enrolados en unidades anarquistas. Cf. el testimonio de Josep Pedreira, *Soldats catalans a la Roja i Negra (1936-1939)*, PAM, Barcelona, 2003.

en agosto de 1937. La ERC ejercía una notable influencia en las fuerzas de orden público, así como en varias unidades militares; pero en pocas de ellas de modo dominante. Según el comunista húngaro, de 116 batallones en activo (unos 132.000 hombres) en aquel momento, ERC tendría influjo real en siete y *Estat Català* en uno.⁴⁸

El patriotismo exclusivo y únicamente identificado con Cataluña no siempre fue la nota predominante entre los combatientes catalanes, entre los soldados del Ejército de la República con simpatías catalanistas e incluso entre las unidades de milicianos directamente promovidas por ERC. Como clara excepción habría que citar a los combatientes próximos a EC o a otras organizaciones afines al nacionalismo radical (como el *Bloc Escolar Nacionalista*), quienes en sus crónicas desde el frente acostumbraban a insistir en que la causa de la independencia de Cataluña constituía su única motivación relevante para luchar fuera de la patria y por una República con la cual la identificación era simplemente táctica.⁴⁹ Así lo recogía el corresponsal del *Diari de Barcelona*, órgano de EC, en el Regimiento Pirenaico: «Tots els nacionalistes units hem de treballar i lluitar, disciplinats i sense defallença per a la total independència de la Nació Catalana».⁵⁰ Si el discurso de guerra del catalanismo republicano incidía en la doble identificación con Cataluña y la República, abrigando la esperanza de que esta última se convirtiese en un Estado federal y plurinacional, los testimonios de los combatientes catalanistas parecen apuntar en un sentido semejante. Pero con algunos matices, que sugieren que la compatibilidad de adscripciones e identificaciones entre la *terra* catalana y la República tenía límites más borrosos. Pues esta última era contemplada por los combatientes catalanistas como un Estado, sin duda; pero también en muchos casos como una referencia afectiva e histórica equiparable a una concepción diferente de España como patria.

Una muestra de varias cartas escritas por soldados catalanes desde el frente del Ebro a lo largo de la segunda mitad de 1938 sugiere que en

⁴⁸ Informes del agente del espionaje militar soviético *Cid*, s. f. (ca. abril de 1937), y de Erno Gerö [*Pedro*], Barcelona, 16.8.1937, reproducidos en Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigory Sevostianov (eds.), *España traicionada. Stalin y la Guerra Civil*, Planeta, Barcelona, 2002, pp. 228-35 y 484-90.

⁴⁹ Vid., por ejemplo, Alfons Segalàs i Solé, *Carnet d'un milicià soldat 1936-1939*, Pòrtic, Barcelona, 1986, pp. 12-14; igualmente, los perfiles biográficos y los testimonios recogidos en De Ramon i Vidal, *El Regiment*, pp. 68-90.

⁵⁰ *Diari de Barcelona*, 19.5.1937, p. 7.

buena parte de los casos coexistían sin gran problema el patriotismo catalán y un fuerte compromiso con la causa de la República española, aludida frecuentemente como «la República», sin más, aunque a veces se registren casos entre simpatizantes catalanistas que diferencian entre «Catalunya, España i la Republica».⁵¹ Eso sí, los términos y expresiones de cariz más emocional se reservaban para Cataluña, «La TERRA» amada, como escribía el soldado Ernest Marcé el 5 de enero de 1939. Una tierra por cuya «llibertat nacional» se mostraba dispuesto a todo el soldado de la 43.^a División Joan Ballester Canals en carta del 28 de noviembre de 1938. Pero no por ello dejaba de figurar en varias de esas misivas la mención expresa a la defensa de la República, o bien de modo menos explícito a la libertad del resto de los pueblos de la misma. Por su parte, Esteve Fané sentía el 23 de noviembre de 1938 una gran nostalgia de su «anyorada Catalunya», pero concluía su carta con un contundente «per Catalunya i per la República», lo mismo que Ovidí Ribot y sus amigos, soldados que servían en la 136.^a Brigada, quienes sentían en el frente «el bater inusitat del sentiment de catalanitat augmentat per les distàncies i circumstàncies» tras 19 meses de ausencia. Y poco antes de su muerte en la batalla del Ebro, el 19 de junio de 1938 el soldado Francesc Figueras escribía a sus antiguos compañeros del Institut-Escola de Barcelona su orgullo por «ocupar un lloc en la lluita» y por «lluitar contra l'enemic de la nostra pàtria, de poder defensar la terra on hem nascut, on hem viscut i en la que, en un demà pròxim, volem viure lliures i feliços», en unos momentos graves «per Catalunya i Espanya».⁵²

Una tónica semejante se aprecia en las crónicas y cartas enviadas desde los frentes de combate por soldados próximos a ERC, y publicadas por el órgano oficial de este partido. Con todo, hay matices significativos entre ellas. Un grupo de combatientes, muchos de ellos militantes de lo que quedaba de las juventudes de la ERC (las *Juventuts d'Esquerra Republicana d'Estat Català*, JEREC), se identificaban de un modo más explícito con la causa del nacionalismo catalán y con valores universa-

⁵¹ Carta del médico M. Mitjanas Romero a Federica Montseny, Sant Vicenç de Llaverners, 12.11.1936, en Archivo General de la Guerra Civil (Salamanca), PS Barcelona 805, Exp. 1.

⁵² Vid. Carles Pi i Sunyer, *La República y la Guerra. Memorias de un político catalán*, Oasis, México, 1975, pp. 513-5 y 533-40; igualmente, id., «Lletres de soldats», *La Humanitat*, 14.8.1938, p. 1. Los originales, en Archivo Pi i Sunyer (Fundació Pi i Sunyer, Barcelona), 5/ 3/ Carpeta «Lletres de soldats».

les, como libertad o reformismo social, mientras que la vinculación con la República española o bien era únicamente implícita, o bien se ignoraba. R. Redon, militante de ERC movilizado en el frente del Centro escribía a principios de septiembre de 1937 a sus compañeros del Casal Nacionalista d'Esquerra del Distrito IV de Barcelona, presentando su lucha como una continuación del 11 de septiembre de 1714, ahora frente a «la invasió estrangera i feixista nacional», bajo una misma *senyera* «per a defensar les llibertats de tots els pobles», y esperaba retornar a una Cataluña «per als catalans», tras derrotar a «mercenaris i invasors». Acababa su carta con un «Visca Catalunya! Visca la Llibertat!».⁵³ Algo similar formulaba un comisario político de brigada de la 30.^a División, Víctor Torres i Perenya, perteneciente a las JEREC: su causa era la de Cataluña y la libertad, sin más aditamentos, como también manifestaban tres comisarios del Batallón de Transmisiones de la misma División. Tras el fin de la guerra, la tarea primordial habría de ser «reconstruir la nacionalitat catalana». ⁵⁴ En ello no se diferenciaba demasiado de las colaboraciones desde el frente enviadas por militantes de *EC*, salvo en el objetivo explícito de la independencia inmediata tras la derrota del fascismo que a menudo era señalado por estos últimos.⁵⁵ Un tono semejante suelen mostrar las notas necrológicas de soldados militantes de ERC o de las JEREC caídos en el frente.⁵⁶

Postulados similares, que incidían en que Cataluña debía combatir a fuerzas invasoras —sin especificar cuál era su naturaleza (española o extranjera)— para dar a conocer en el mundo su personalidad nacio-

⁵³ «L'homenatge dels combatents. Des de les trinxeres de l'Alcàrria», *La Humanitat*, 11.9.1937, p. 4. Vid., igualmente, un testimonio semejante en Lluís Millán R., «Mentre els obusos passen. Alcàrria, a reveure...», *La Humanitat*, 30.11.1937, p. 4.

⁵⁴ «El comisari Víctor Torres i Pereña», *La Humanitat*, 6.2.1938, p. 6; *La Humanitat*, 24.2.1938, p. 8. Con todo, el mismo Torres afirmaba poco después, en su intervención ante el III Pleno de ERC, que los combatientes de la Esquerra luchaban «per la nostra bandera i pels nostres presidents» Macià y Companys, pero también el «triomf definitiu de la República, davant de la facció» (Hernández Cardona e Iñiguez Gràcia, *La columna*, p. 169). Sobre la figura de Víctor Torres i Perenya (1915), militante de ERC en Lleida, hijo del vicepresidente del Parlament de Catalunya Humbert Torres, y más tarde secretario general de la Presidencia de la Generalitat bajo el mandato de Josep Irla en el exilio y uno de los refundadores de ERC en la Transición, partido del que fue diputado autonómico y senador, vid. sus propias memorias: Víctor Torres, *Memòries polítiques i familiars*, Pagès, Lleida, 1994.

⁵⁵ Vid. algunos ejemplos en Pere Anguera, *L'ombra de l'estel blanc. Estudis sobre el catalanisme polític*, Associació d'Estudis Reusencs, Reus, 1989, pp. 159-60.

⁵⁶ Vid., por ejemplo, «Herois anònims. Pere Valls Lafita», *La Humanitat*, 19.5.1938, p. 5.

nal, repetían otros artículos firmados por publicistas y corresponsales de las JEREC desde el frente. Así, gustaban de recordar la «acerada voluntat d'independència» que habría caracterizado al pueblo catalán, antes y ahora.⁵⁷ Con todo, en julio de 1938 las JEREC declararon públicamente su fidelidad a Companys, así como que luchaban «per Catalunya, per Catalunya i per Catalunya», que su lealtad se vinculaba al Gobierno de la Generalitat, «i, a través d'ell, al de la República», y que asociaban igualmente, de acuerdo con la senda marcada por Companys el 6 de octubre de 1934, «el triomf total i definitiu de la República al total i definitiu de l'Estat Català».⁵⁸ Y al conmemorar la fecha del Once de Septiembre de 1938, mientras el dirigente de las JEREC y escritor Josep Navarro Costabella afirmaba que Cataluña estaba luchando como en 1714 por su libertad nacional, pero que de modo solidario también combatía por la libertad de los demás pueblos peninsulares, Joan Pons destacaba que la lucha era «per l'independència dels pobles d'Ibèria», causa en la que Cataluña demostraría su internacionalismo.⁵⁹

Sin embargo, varias misivas desde el frente también publicadas en la prensa catalanista, particularmente en *La Humanitat*, mostraban un abanico más variado de lealtades compartidas. Con motivo del traslado del Gobierno Negrín a Cataluña en noviembre de 1937, un combatiente catalanista en el frente de Aragón expresaba su reserva frente al mismo, si aquél no cumplía con el respeto a las libertades catalanas; pero afirmaba a continuación que expresaba su opinión a título de «nacionalista català, amant d'una Catalunya lliure, no precisament per a tancar-se l'endemà de la victòria en un clòs exclusivista, sinó per a millor servir els ideals de l'Espanya democràtica i llurs nacionalitats».⁶⁰ Joan Ricós, otro miembro de ERC, combatiente en el Jarama, afirmaba estar alejado «de la seva volgutíssima Pàtria», para luchar «per la independència d'Espanya, ensem que per la llibertat de la nostra enyorada terra», y encabezaba su misiva con sendos «Visca la República! Visca Catalunya!».⁶¹ El antifas-

⁵⁷ Vid., por ejemplo, Dídac, «La Joventut Nacionalista en el pla internacional», *La Humanitat*, 13.2.1938, p. 6, y J. Navarro Costabella, «Els Segadors del 1640 i nosaltres», *La Humanitat*, 12.6.1938, p. 3.

⁵⁸ *La Humanitat*, 19.7.1938, p. 4.

⁵⁹ Cf. *La Humanitat*, 11.9.1938, p. 7.

⁶⁰ FAF, «Comentaris d'un combatent català. II. El Govern de la República a Barcelona», *La Humanitat*, 10.11.1937, p. 4.

⁶¹ «Parla el combatent...», *La Humanitat*, 18.11.1937, p. 4. Vid., igualmente, «Catalans a l'Alcàrria. Fang, vent, fred, bales i metralla assassina», *La Humanitat*, 7.12.1937, p. 1.

cismo aparecía en los parlamentos de los combatientes catalanes en las trincheras del frente de Aragón, añadía otro soldado catalanista, como elemento unificador de todas sus motivaciones, junto con la fe en la victoria de la República.⁶² La identidad republicana era, pues, en estos casos tanto o más fuerte que el patriotismo o el sentimiento nacional catalán, un sentimiento que se hacía depender de la defensa de la democracia y la libertad, como recogía en 1937 el periódico de trinchera de la columna Macià-Companys: patriota (catalán) no podía ser Cambó, como patriotas (españoles) no podían ser los militares facciosos.⁶³ Y aquella identidad se revestía de tópicos, imágenes y tonos afectivos que denotaban una adhesión a la misma que iba más allá de la mera y racional lealtad cívica. Había también un patriotismo republicano español que superaba la mera identificación con valores universales y constitucionales.

Un fenómeno similar muestran los poemas y relatos enviados desde el frente por soldados catalanes a la revista *Amic*, un equivalente catalanista de las publicaciones de cultura para los soldados que promovía en la España republicana la Alianza de Intelectuales.⁶⁴ La *terra*, aquel sentimiento que Rovira i Virgili situaba como motivación fundamental que había ayudado a los catalanes a resistir pasadas invasiones dictadas por los reyes de España,⁶⁵ ocupaba indudablemente un lugar fundamental en su motivación doctrinal y guerrera. Y el vocabulario más emocional e irracional, el del sentimiento patriótico, acostumbraba a referirse y asociarse a Cataluña. Ésta era la patria por la que el soldado J. Comas se sentía llamado a dar la vida, siendo su mejor encarnación la pequeña comunidad conformada por sus compañeros de trinchera, cuya camaradería y sentimiento de catalanidad interclasista sería la mejor expresión de aquel patriotismo: «obrrers, camperols, oficinistes, estudiants... els sentia tots iguals a mi, i jo igual a tots ells. Em sentia confós, barrejat, formant part d'un sol cos, d'un sol pensament, d'una sola voluntat».⁶⁶ Un anónimo soldado narra

⁶² Jordi Jou, «Al front d'Aragó. Campament», *La Humanitat*, 7.12.1937, p. 4.

⁶³ «Editorial. Els que estimen la pàtria, els que la desconeixen i els que en viuen», *Catalunya antifeixista*, 2, 23.1.1937, p. 1.

⁶⁴ Editada entre enero y septiembre de 1938 con periodicidad primero quincenal y después mensual, en *Amic* colaboraron intelectuales y escritores catalanes afines al catalanismo republicano, desde Carles Pi i Sunyer (el auténtico inspirador de la publicación) y Rovira i Virgili hasta Josep Pous i Pagès, y se recogían colaboraciones literarias y ensayísticas enviadas por soldados catalanes desde el frente.

⁶⁵ Antoni Rovira i Virgili, «El miracle de la terra», *Amic*, 14-15, agosto 1938, p. 5.

⁶⁶ J. Comas, «Reflexions d'un soldat», *Amic*, s. n., s. f. [octubre de 1938], p. 7.

cómo, en la batalla del Ebro, los combatientes catalanes avanzaban al grito de «Visca Catalunya!» y «Visca la República!» contra foráneas tropas compuestas exclusivamente, según su testimonio, por mercenarios *moros* y de la Legión.⁶⁷ Las composiciones escritas y enviadas por soldados desde el frente invocaban a Cataluña como la madre ausente que esperaba y lloraba a sus hijos, la *terra* que los amamantaba y los criaba, el paisaje evocador de la infancia y la adolescencia... El vocabulario de los sentimientos identitarios, en suma, acentuado por la distancia y la nostalgia, y en la que la *terra* era una Cataluña metafóricamente evocada a través de la patria local.⁶⁸

La guerra también robustecía y recreaba el sentimiento patriótico/nacional catalán, al igual que el espíritu de milicia aprendido en la formación para el combate. Esto era para algunos intelectuales catalanistas un resultado paradójico de la trágica experiencia de la lucha en las trincheras y de las penalidades del frente doméstico. La vivencia compartida de la guerra habría de contribuir a un reforzamiento del patriotismo catalán entre los soldados y los civiles de la retaguardia, unidos por una causa común que sobrepasaba egoísmos familiares o individuales más o menos ruines, y que como el hierro saldría forjada de la lucha contra los enemigos *de sempre*.⁶⁹ Los soldados catalanes, «l'avenir, el nervi de la pàtria», harían reverdecir las gestas de los almogávares medievales, convirtiéndose en ejemplo de una Cataluña más *catalana*, aunque también fiel al destino compartido de la República española. La nueva juventud forjada en la milicia patriótica defendería, según Joan Pons, la República, Cataluña y la libertad del individuo y los pueblos, todo en uno; y no se dejaría arrebatar «per cap força estrangera, ni el més petit tros de terreny de la Península Ibérica». Y así se evocaba también el fin de año de 1937 desde el frente de Teruel por los soldados de ERC, como informaba otro corresponsal de *La Humanitat*: «l·liçó de fe i de sacrifici. Els soldats no demanen res i ho donen tot. Ho donen tot per la República i per Catalunya».⁷⁰

⁶⁷ «Parla un soldat de l'Ebre», *Amic*, 14-15, agosto 1938, p. 3.

⁶⁸ Vid., por ejemplo, el poema de Lluís Artigas, «L'anhel de la victòria», *Amic*, s. n., s. f. [ca. segunda mitad de 1938], p. 12.

⁶⁹ Vid., por ejemplo, «Comentaris d'un combatent català. Els partits republicans i la guerra», *La Humanitat*, 30.1.1938, p. 6.

⁷⁰ Josep Pous i Pagès, «Paraules en la tempestat», *Amic*, 12-13, julio 1938, p. 5; Joan Pons, «Catalunya de cara a la guerra antifeixista», *La Humanitat*, 8.1.1938, p. 4, y Jordi Jou, «Cap d'any al front», *La Humanitat*, 13.1.1938, p. 4.

En la prensa catalanista se registraban con alguna frecuencia agrias protestas sobre la marcha de soldados catalanes a los frentes del Sur y del Centro, mientras que muchos refugiados de otras regiones campaban por el Principado sin ser movilizados y *abusando* de la hospitalidad catalana.⁷¹ Algunos combatientes, como Joan Sales, consideraban que los funcionarios del Gobierno de la República y los refugiados de otras zonas de España eran simplemente «conqueridors de Catalunya» que estaban ya invadiéndola antes de que llegasen los franquistas, y completaban así la obra de los «muricians» de la FAI.⁷² Igualmente, el monolingüismo en la práctica de muchos combatientes catalanes no siempre les hacía fácil la vida cuando topaban con oficiales del Ejército Popular poco comprensivos con ese hecho; oficiales que a veces eran catalanes pero hablaban castellano, por parecerles más *militar*.⁷³ De hecho, Joan Sales señalaba que en los momentos finales de la caída de Cataluña más de un soldado catalanófono, desmoralizado, afirmaba querer que la guerra se acabase como fuese para irse a casa y «no sentir més castellà»⁷⁴. Los oficiales y suboficiales que eran miembros de ERC, y los de simpatías catalanistas en general, se quejaron a lo largo del conflicto de las intromisiones en su labor de los comisarios políticos del Ejército republicano, así como de la desconfianza de los oficiales y comisarios políticos mayoritariamente comunistas hacia unos elementos considerados como *burgueses*.⁷⁵ Lo mismo podía ocurrir hasta mayo de 1937 en unidades de mayoría anarquista, donde los voluntarios procedentes de la FNEC y otras organizaciones, que portaban a menudo un escudo cuatribarrado con la inscripción *Per Catalunya*, eran mirados con desconfianza.⁷⁶ La desafección hacia Negrín y su gobierno también asomaba aquí y allá, en tonos prudentes que no despertasen la alarma de la censura militar, en las cartas de los soldados catalanistas durante la segunda mitad de 1938, cuando estaban ya más preocupados por

⁷¹ «Mentre la joventut catalana va als fronts d'Espanya», *La Humanitat*, 23.6.1937, p. 4; igualmente, vid. varias citas del semanario *Estat Català* de Reus sobre el particular en Anguera, *L'ombra*, pp. 162-63.

⁷² Carta de Joan Sales, 18.11.1938, en id., *Cartes*, pp. 240-46.

⁷³ Cf., por ejemplo, Francesc Grau i Viader, *Dues línies terriblement paral·leles (diari d'un combatent de disset anys)*, Pòrtic, Barcelona, 1978, pp. 29-30; o la carta del soldado Manuel Rubió, 10.1.1939, en Jordi Rubió i Balaguer y Manuel Rubió i Lois, *Cartes de la guerra (maig 1938-gener 1939)*, PAM, Barcelona, 1996, pp. 136-38.

⁷⁴ Carta de Joan Sales, 15.1.1939, en id., *Cartes*, pp. 249-54.

⁷⁵ Cf. Hernández Cardona e Iñiguez Gràcia, *La columna*, pp. 142-44.

⁷⁶ Cf. Pedreira, *Soldats catalans*, pp. 29-37 y ss.

sobrevivir que por otra cosa.⁷⁷ Muchos de ellos sentían que, después de la clausura de la *Escola Popular de Guerra* y la retirada de las competencias de Orden Público a la Generalitat a raíz de los «hechos de mayo» de 1937, Cataluña ya había perdido definitivamente «su» guerra.⁷⁸

Sin embargo, la convivencia en las trincheras con las milicias de otras organizaciones políticas, con las que los voluntarios catalanistas compartían enemigo y a menudo una simpatía genérica hacia sus fines de emancipación social,⁷⁹ y asimismo la coexistencia cotidiana con los combatientes originarios de otras zonas de España, y particularmente con soldados castellanohablantes, también había creado lazos de solidaridad y vínculos afectivos. Lluís Ferrer, comisario político de una brigada compuesta exclusivamente por combatientes catalanes, reflejaba así en agosto de 1937 cómo era posible la convivencia cordial entre catalanes y castellanos, siempre que se respetasen mutuamente sus respectivas lenguas y costumbres; y cómo, asimismo, los soldados catalanes se comprometían en la lucha contra el fascismo invasor y los que habían «vendut a la pàtria», en nombre de la libertad individual y de los pueblos.⁸⁰ Un año más tarde Pere Pellicer recreaba en un relato novelado el modo fraternal en que un soldado castellano convivía con sus camaradas catalanes, hasta el punto de pedirles que le enseñasen su idioma. Lo que producía en Pellicer una sincera alegría por el «veritable sentit de germanor, que enyorem veure realitat, entre tots els fills d'Espanya», algo que era visto como un producto de la lucha común y de la sangre derramada «en un mateix anhel de llibertat i justícia». Ese gesto, juntamente con el hecho de que la República reconociese «la personalitat política i espiritual del nostre poble», llevaría a superar una historia pasada «d'odis i d'incomprensions».⁸¹ Un militante de ERC de Lleida que combatía en el frente de Teruel llegaba a una conclusión parecida: en la comunidad ideal de la trinchera, donde a nadie se le preguntaba por su ideología y su procedencia, se reunía lo más granado de los «treballadors honrats de Cata-

⁷⁷ Vid. las cartas desde el frente del soldado Manuel Rubió, 20.6.1938, y 23.8.1938, en Rubió i Balaguer y Rubió i Lois, *Cartes*, pp. 35-37 y 68-72.

⁷⁸ Carbonell i Fita, *Entre la vocació*, p. 317. En el mismo sentido, cf. Raimon Galí, *Memòries*, Proa, Barcelona, 2004, o el testimonio del catalanista católico Xavier García i Soler, *Memòria i confessió*, PAM, Barcelona, 1994, pp. 45-57.

⁷⁹ Cf., por ejemplo, el testimonio de Torres, *Memòries*, pp. 65 y ss.

⁸⁰ Lluís Ferrer Falgueres, «Catalans a l'Alcàrria», *La Humanitat*, 13.8.1937, p. 4.

⁸¹ Pere Pellicer, «Catalans a l'Alcàrria», *Amic*, s. n., s. f. [octubre de 1938], p. 6.

lunya i d'Espanya sencera». ⁸² Y la contemplación de los estragos del fascismo en Extremadura llevaba a otro corresponsal del periódico de ERC en el frente de Badajoz a identificarse de corazón con las fuerzas de la «Espanya lliure» que allí luchaban. ⁸³

Ese fenómeno se registraba incluso entre combatientes tendencialmente independentistas, como Pere Carbonell, que declaraban años después haber luchado por principios universales de aplicación concreta en una patria liberada («el respecte als drets humans, la comprensió, la solidaritat i la tolerància, en una Catalunya independent»), no dejaban de recoger en sus memorias y en sus anotaciones coetáneas su solidaridad con el conjunto del antifascismo, y con las reivindicaciones y las privaciones de los campesinos de los pueblos aragoneses en donde estaban estacionados. ⁸⁴ Asimismo, las impresiones de Madrid recogidas en la correspondencia de Joan Sales durante su estancia en la ciudad como oficial de la Columna Durruti era mayormente positiva, aunque le costase acostumbrarse a un lugar donde *incluso* los niños sólo hablaban en castellano. ⁸⁵

El antifascismo y el común enemigo *invasor* de España también nivelaban las disputas interterritoriales en la trinchera. En una crónica del corresponsal de *La Humanitat* en la 30.^a División se reconocía que los soldados catalanes se encontraban con cierta frecuencia ante situaciones de menosprecio por parte de combatientes u oficiales procedentes de otras zonas de España que «al nostre costat no estan tan ben com estaven al costat dels traïdors». Sin embargo, había una mayoría de camaradas con los que esas diferencias desaparecían:

No tots, però, son així, sortosament. Els dignes, els honrats, els comprensius, els que senten els ideals de República, de Llibertat, de Justícia, bé estan amb nosaltres, siguin castellans, andalusos, asturs, bascos, aragonesos. I ben contents i ben orgullosos de tenir-los amb nosaltres. Per a nosaltres no hi ha castellans, ni andalusos, ni asturs, ni

⁸² Carta firmada por Francesc Escola, Martín del Río (Teruel), 10.5.1937, en «Parlen els nostres milicians», *L'Ideal*, Lleida, 65, 21.5.1937, p. 4.

⁸³ Albert A. Carbo, «Pels fronts de la llibertat», *La Humanitat*, 15.1.1938, p. 4. En un sentido semejante, Josep M.^a Poblet, «Per terres estremenyas», *La Humanitat*, 21.12.1938, p. 6.

⁸⁴ Carbonell i Fita, *Entre la vocació*, pp. 396 y 220-27; Hernández Cardona e Iñiguez Gràcia, *La columna*, p. 75.

⁸⁵ Carta de Joan Sales, Madrid, 2.2.1937, en id., *Cartes*, pp. 76-78.

bascos, ni aragonesos... Per a nosaltres tan sols hi ha germans. Per a nosaltres tan sols hi ha feixistes i antifeixistes.

I en aquesta hora tràgica i heroica hem d'unir-nos en el dolor per arribar, pel dolor, a la victòria. Qui no està amb nosaltres està amb els invasors d'Espanya.⁸⁶

Y es que el soldado catalán combatía por Cataluña en su corazón. Pero al mismo tiempo, según rezaba en segunda persona el prólogo del libro repartido a los soldados catalanes *Presència de Catalunya* —conjunto de textos sobre el paisaje catalán que querían embriagar de nostalgia el recuerdo de los combatientes por su patria o diversas *patrias chicas*— también estaba luchando por la supervivencia de otros pueblos ibéricos, hermanados por la República y por la sangre vertida en la guerra contra un enemigo común:

... defenses la llibertat de la teva terra i la llibertat de les terres dels teus germans. Els pobles que eren units en l'alegria, avui són solidaris en la dolor. Pel teu poble, pels pobles dels teus germans, avances i lluites al costat dels soldats castellans, dels soldats bascos, dels soldats andalusos, dels soldats asturs, dels soldats valencians.⁸⁷

El soldado catalán sentiría una emoción y una motivación aún más profunda al luchar por su propio territorio. Pero mientras eso no fuese así, razonaba Rovira i Virgili en marzo de 1938, también era capaz de sentir y expresar «la solidaritat amb els homes de totes les terres d'Espanya que lluiten al nostre costat contra els enemics de tots».⁸⁸ Caída Cataluña, y a diferencia de los *gudaris*, muchos combatientes catalanistas destinados en otros frentes de la península sintieron que «la guerra ja s'ha acabat al meu país», pero que todavía había que luchar por la República y por la libertad, también como medio de volver a Cataluña.⁸⁹

En ese sentido, sin embargo, también se registran casos de combatientes catalanes que optaron por la vía más directa: el patriotismo español y republicano *tout court*, aunque expresado en su lengua vernácula

⁸⁶ Lluís Capdevila, «Al marge del moment», *La Humanitat*, 23.1.1938, p. 8.

⁸⁷ *Presència de Catalunya*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1938, p. 6.

⁸⁸ Antoni Rovira i Virgili, «La ratlla», *La Humanitat*, 22.3.1938, p. 1.

⁸⁹ Vid., por ejemplo, Jaume Fortuny, *Tornarem a morir? Memòries d'un comisari polític que intentà l'alliberament del president Companys*, Pòrtic, Barcelona, 1984, pp. 47-48.

la.⁹⁰ En varios de los poemas enviados por soldados catalanes a la revista *Amic* se podía encontrar una curiosa mezcla, sin contradicción aparente, de mitos *oficiales* de la historiografía liberal española, desde Espoz y Mina o el cura Merino a la rebelión de los Comuneros de Castilla,⁹¹ con mitos igualmente característicos de la historiografía catalanista, como los almogávares medievales, *els segadors* de 1640, el caudillo ilergeta Indíbil... Y en otros más, un canto en catalán a la libertad e independencia de España, sin menoscabo de que los mismos autores cantasen en otras composiciones a la *terra catalana*.⁹²

El predominio de la vinculación afectiva con España —término usado con más frecuencia que el de República española, al menos desde fines de 1937— también es perceptible en las cartas, poemas o colaboraciones de soldados catalanes publicadas, a veces en catalán, en órganos de divisiones del Ejército del Este o del Centro.⁹³ En ellas, los símbolos de resistencia del catalanismo (el Corpus de Sang de 1640 o la figura de Pau Claris) eran puestas inequívocamente al servicio de la independencia de España.⁹⁴ Otras veces, esas contribuciones dejaban entrever una referencia ambigua a una patria sin adjetivos: un anónimo soldado de la 143.^a Brigada Mixta escribía un poema en catalán en noviembre de 1937, en el que cantaba al espíritu de milicia que purificaba «la pàtria nova» de los hijos de una «terra lliure», cuya resistencia frente al invasor contribuiría a hacer «la nova Pàtria Una i Gran».⁹⁵ Y el comisario de prensa de la Columna Macià-Companys, Lluís Capdevila, escribía en abril de 1938

⁹⁰ Vid., por ejemplo, las cartas de los soldados C.R.R., Frente de Aragón, 14.6.1938, y G.R., 42.^a División, 8.8.1938, citadas en Jordi Piqué i Padró, *La crisi de la reeguarda. Revolució i Guerra Civil a Tarragona (1936-1939)*, PAM, Barcelona, 1998, p. 642.

⁹¹ De hecho, las invocaciones a los Comuneros en la prensa catalanista de guerra son anecdóticas, y cuando se incluían, era para establecer un paralelismo con la «sang de la llibertat catalana» de 1714 y la propia Guerra Civil, y desear que sirviesen de fermento de una transformación federal de España. Cf. F. Pujols, «Els Comenys de Castella», *La Humanitat*, 16.10.1938, p. 1.

⁹² Por ejemplo, Ramon Mestre, «Llibertat», o Ramon Moix, «Primavera 1938», ambos en *Amic*, 14-15, agosto de 1938, p. 4; Lluís Artigues, «Defensa d'Espanya», *Amic*, 16-17, septiembre de 1938, p. 4.

⁹³ Vid., por ejemplo, las cartas del soldado F. Guinovart, «¡Comparación!», y del maestro J. Carrió Vallribera, «¿Por qué no pensamos todos igual?», en *Soldado Popular*, 6, 9.11.1937, p. 3.

⁹⁴ Vid., por ejemplo, Durá (Llar del Combatent Català), «Per la independència» y P.C.A., «Reproduim el Corpus de Sang de 1641», *La Voz del Combatiente*, 20.6.1938, p. 3.

⁹⁵ V.J., «No passaran», *Soldado Popular*, 5, 4.11.1937, p. 3.

que, frente al falso patriotismo de los facciosos, la «Espanya lleial» era la «única que pot dir-se Espanya», en la que el pueblo en armas defendía unos gobiernos «llegítim i espanyols» y donde, a diferencia de la España franquista donde imperarían el italiano, el alemán y el portugués, «hom parla les llengües nacionals». A pesar de no hablar tanto de patria como los *nacionales*, concluía Capdevila, «donem per la pàtria la nostra vida i la dels nostres fills i dels nostres pares i dels nostres germans». ⁹⁶ Una patria que, cada vez más, era la España republicana.

El doble patriotismo, de registrarse, se mantenía en un equilibrio sumamente inestable, particularmente en tiempos de guerra. Donde las identidades complementarias variaban de jerarquía según las circunstancias y los avatares del enfrentamiento. Para ello tenía que haber una base, un sentimiento previo de identidad republicana y de identificación antifascista que se uniese a la patriótica periférica y que fuese susceptible de desarrollo, reactivación y mutación, hasta convertirse, como fue así en muchos casos, en un patriotismo afectivo, con referencias historicistas, étnicas y culturales. ⁹⁷ En ello jugaba un papel fundamental la experiencia bélica, la mitificación de la sangre y el sacrificio, el poseer un enemigo común. Sin embargo, allí donde esa base previa de lealtades compartidas no existía — caso de muchos combatientes nacionalistas vascos —, la guerra no hacía sino potenciar el efecto contrario: el extrañamiento tanto de los *extranjeros* de enfrente como de los de *al lado*. Los casos gallego, catalán y vasco sirven aquí de buen contrapunto.

⁹⁶ Lluís Capdevila, «Nacionalisme», *La Humanitat*, 20.4.1938, p. 4.

⁹⁷ Vid., por ejemplo, F. Vilanova, «Per damunt de tot, antifeixistes», *Catalunya anti-feixista*, 1, 9.1.1937, p. 2.